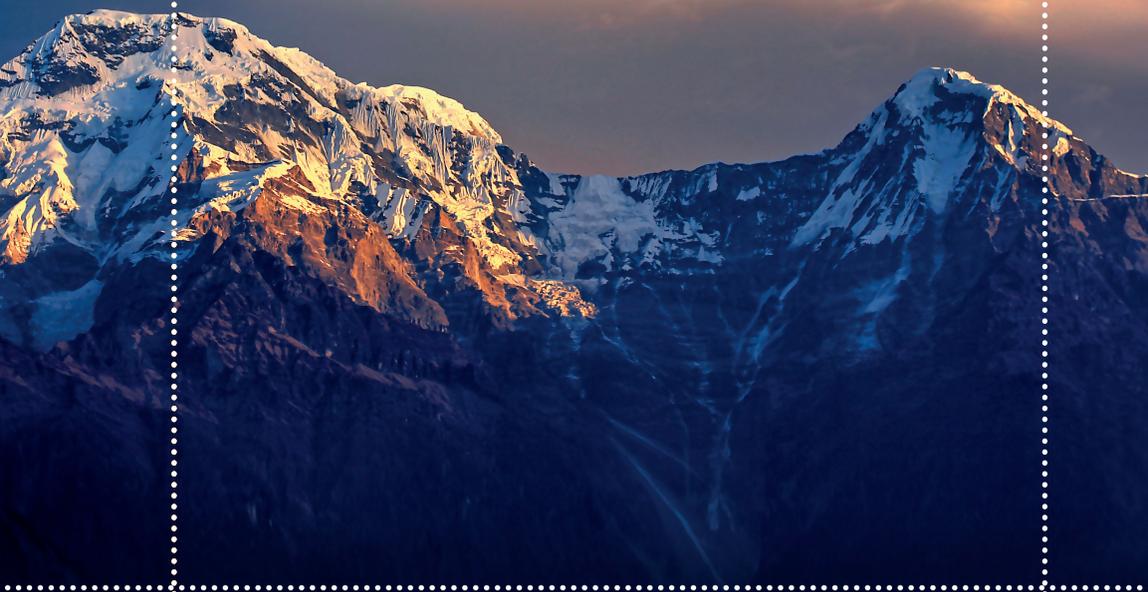


Península Odiseas

La sombra de la Ruta de la Seda

Colin Thubron



La sombra de la Ruta de la Seda

Colin Thubron

Traducción de Rosa Pérez

ediciones península

Contenido

	<i>Nota del autor,</i>	15
1.	Amanecer,	19
2.	La capital,	25
3.	Mantra,	71
4.	El último portal bajo el cielo,	97
5.	La ruta del sur,	131
6.	Kashgar,	181
7.	El puerto de montaña,	199
8.	A Samarcanda,	235
9.	Al otro lado del Oxus,	277
10.	Duelo,	327
11.	La paz mongola,	365
12.	A Antioquía,	411
	<i>Cronología,</i>	426

Amanecer

Al filo del alba la tierra está vacía. Un argénteo puente de granito se adentra en el lago y, a su término, pálido en su reflejo, brilla un templo. La luz es pura y calma. Los ruidos de la ciudad han desaparecido y el silencio intensifica el vacío—el lago artificial, el templo, el puente— como las figuras para una ceremonia que se ha olvidado.

Mientras subo por la triple terraza que conduce al templo, una oscura montaña va aumentando de tamaño junto a mí, arbolada hasta la cima por un tupido bosque de viejos cipreses. Mis pasos suenan débiles en los peldaños. La piedra nueva y los árboles viejos me crean una dulce confusión mental. En algún lugar del bosque que se extiende por encima de mí, entre los cipreses milenarios, se encuentra la tumba del emperador Amarillo, el mítico antepasado del pueblo chino.

Unos cuantos peregrinos se pasean por el patio del templo y vendedores ofrecen rosas amarillas bajo toldos amarillos. Reinan el silencio y las sombras. Los gigantescos cipreses que han invadido el recinto, grises y vetustos, parecen estar transformándose en piedra. Uno, dicen, fue plantado por el mismísimo emperador Amarillo; otro es el árbol donde el gran emperador Wudi, fundador del templo hace dos mil años, colgaba su armadura antes de rezar.

Los peregrinos se están haciendo fotografías entre ellos. Posan en actitud seria, reuniendo prestigio de la magia del lugar. Aquí, su pasado se torna sagrado. Los únicos sonidos son los crujidos del bambú y los murmullos de los visitantes. En este templo, rinden homenaje a su propio pa-

trimonio, a su lugar de honor en el mundo. Porque el emperador Amarillo inventó la civilización misma. De él nació China, y la sabiduría.

La mujer está mirando una piedra con las marcas de dos grandes pisadas. Menuda e infantil, se sobresalta al ver un extranjero. Los extranjeros no vienen aquí, dice riéndose, tapándose la boca con la mano. Lo siente. Las pisadas, dice, pertenecen al emperador Amarillo.

—¿De veras?

—Sí. Una de sus concubinas las utilizaba para hacer botas. Él inventó las botas.

Caminamos por un momento junto a piedras grabadas con el tributo de antiguos emperadores y llegamos, al final del patio, al Salón del fundador de la civilización humana. Cirios e incienso arden en su altar, que está repleto de frutas de plástico. Los ojos de la mujer, cuando yo le hago preguntas, me miran con franqueza. El emperador Amarillo inventó la escritura, la música y las matemáticas, dice. Descubrió la seda. Aquí era donde empezaba la historia. La gente había estado viniendo desde hacía generaciones.

—Y ahora también usted. ¿Es del gobierno?—Pero sus ojos reparan en mis pantalones desgastados, mis zapatillas de deporte llenas de polvo—. ¿Profesor?

—Sí—le miento. Empiezo a fraguar una nueva identidad: soy un profesor aficionado a la historia y con una familia en casa. No quiero que me interroge.

—Por eso habla mandarín—dice ella (aunque este es deficiente, casi inexpresivo)—. ¿Y dónde va?

Pienso en decir que a Turquía, al Mediterráneo, pero parece descabellado. Me oigo responder:

—Voy al noroeste por la Ruta de la Seda, a Kashgar. —Y esto suena ya bastante extraño. Ella sonrío nerviosamente. Siente que ya ha ido demasiado lejos y se calla. Pero la pregunta tácita de «¿Por qué va?» le dibuja en el entrecejo una perpleja flor de lis. Este «¿Por qué?», en China, rara vez se pregunta. Es demasiado indiscreto, demasiado íntimo. Caminamos en silencio.

A veces, un viaje es fruto de la esperanza y el instinto, de una embriagadora convicción, mientras uno recorre el mapa con el dedo: Sí, aquí y aquí... y aquí. Estas son las terminaciones nerviosas del mundo...

Un centenar de razones le piden a voces que vaya. Él va para entrar en contacto con identidades humanas, para poblar un mapa vacío. Siente que se dirige al corazón del mundo. Va para encontrar las múltiples formas que adopta la fe. Va porque aún es joven y está ávido de emociones, de oír crujir el polvo bajo sus botas; va porque es viejo y necesita comprender algo antes de que sea demasiado tarde. Va para ver qué sucederá.

No obstante, seguir la Ruta de la Seda es seguir a un fantasma. Discurre por el centro del Asia, pero oficialmente ha desaparecido, dejando tras de sí el sello de su perpetuo movimiento: fronteras irreales, naciones que no constan en los mapas. La ruta se bifurca y se desvía dondequiera que uno esté. No es un solo camino, sino muchos: una red de opciones. La mía discurre por más de once mil doscientos kilómetros y a veces es peligrosa.

Pero en el templo del emperador Amarillo, la mujer está mirando al norte.

—Lo enterraron ahí arriba, en la montaña—dice—. Está escrito que la gente lo sujetó por la ropa mientras él subía al cielo, intentando retenerlo. Algunos dicen que aquí solo está enterrada su ropa. Pero yo no creo que sea cierto.—Habla en voz baja, con cierta tristeza inexplicada—. La tumba es bastante pequeña, no como las de emperadores posteriores. Creo que en esa época se vivía con más sencillez.

Caminamos durante un minuto más bajo los aleros del templo. Luego, de pronto, el tartamudeo de las taladradoras y el gruñido de los volquetes rompen en pedazos la quietud.

—Están construyendo un templo nuevo—dice ella—. Para celebraciones y asambleas. Este es demasiado pequeño. En el nuevo cabrán cinco mil personas.

Más tarde, miro desde la ladera de la colina el solar donde estará situado. Imagino los calmos e inmutables pabellones de un templo chino

alzándose de su pálido granito. Este lugar, Huangling, solo está a unos ciento sesenta kilómetros de la Xi'an moderna, pero se halla perdido en las profundidades de otra época de erosión y pobreza. ¿Quién vendrá?

Pero el gobierno está resucitando este lugar como santuario nacional y el templo más antiguo ya está repleto de estelas donde estadistas chinos rinden tributo al «padre de la nación». Aquí está grabada en piedra la caligrafía de Sun Yat-sen desde 1912, y la de Jiang Jieshi, previsiblemente tosca; la de Mao Zedong, quien más adelante tacharía al emperador Amarillo de feudal; las de Deng Xiaoping y el odiado Li Peng.

El clamor de las obras de restauración se extingue cuando el sendero que sube a la montaña se interna en el bosque de cipreses. Oigo el martilleo de un pájaro carpintero en la espesura y el eco de voces humanas muy por encima de mí. De vez en cuando, una bandera amarilla en un asta de bambú indica el camino. Me estoy remontando en el tiempo. Cerca de la cumbre, el sendero da paso a una escalera de piedra y los árboles se tornan fantasmagóricos, con los troncos retorcidos como barritas de azúcar cristalizado o abiertos en canal sobre las pizarrosas vetas que surcan el suelo. Aquí, el más distinguido de los mandarines, incluso el emperador, dejaba su silla de manos y subía a pie hasta el mausoleo.

Porque, finalmente, poco hay—de la música al calendario—cuyo descubrimiento no se atribuya al emperador Amarillo. Este soberano reinó durante cien años hasta 2597 a. C. antes de ascender a los cielos a lomos de un dragón. Fue él quien instituyó los festivales de la tierra y la seda. Desde tiempos remotos, los emperadores que lo sucedieron inauguraban el año arando un surco ritual, mientras sus emperatrices ofrendaban capullos de seda y hojas de morera al altar de su esposa Leitsu, la dama de los gusanos de seda.

Según la leyenda, fue Leitsu quien descubrió la seda. Mientras paseaba por su jardín, reparó en un extraño gusano que se estaba atracando de hojas de morera. Durante varios días, lo observó mientras hilaba una dorada red a su alrededor e imaginó que era el alma de un antepasado. Luego lo vio encerrarse en ella y lo creyó muerto, hasta que la ma-

riposa reencarnada salió del capullo. Jugueteando, desconcertada, con su diminuta mortaja rota, se le cayó por error en el té. Distraídamente, cogió la fibra ablandada y comenzó a devanarla, cada vez más asombrada, en un largo filamento de reluciente seda. Con el tiempo, enseñó el arte de la hilatura de la seda y la cría del misterioso gusano y a su muerte fue deificada y emplazada en el hogar celestial de Escorpio, la constelación de la Casa de la seda.

Alcanzó la cima de la colina, la cual los antiguos llamaron monte Qiao. El incienso y la luz solar se filtran entre los árboles. Aquí se han celebrado sacrificios desde el siglo VIII a. C. y el emperador Wudi mandó construir una plataforma para rezar, que ahora se está desmoronando poco a poco. Los escasos guardas me miran mudos de sorpresa. Junto a la plataforma, hay calderas llenas de pebetes que parecen hormigoneras y un tronco colgado embiste una campana monstruosa, cuyo estruendo sacude el bosque.

Más allá, circundado por un sombrío muro casi oculto por los cipreses, se alza el túmulo del emperador Amarillo. Tiene únicamente tres metros y medio de altura y está poblado por tupidos arbustos. Lo rodeo con cuidado por un sendero muy pisado. La estela funeraria colocada delante dice: «El jinete del dragón del monte Qiao». Pero yo me pregunto cómo murió realmente, y quién fue. Algunos historiadores creen que el dragón es la reminiscencia de un meteoro, en cuya apocalíptica caída desapareció el emperador. Sus restos se han identificado cerca de aquí.

A medida que rodeo la montaña, el enigma se hace más hondo. Hasta donde me alcanza la vista, las áridas colinas no pertenecen a la China clásica, sino a un mundo más crudo. Aquí es donde la provincia de Shaanxi colinda con Mongolia. Por su corredor, las tribus bárbaras—hunús, turcos, mongoles—descendieron desde el norte hasta el corazón de China, invadiendo las populosas ciudades del río Amarillo. Según las historias antiguas más rigurosas, su precursor fue el propio emperador Amarillo: el jefe de un clan que irrumpió desde el noroeste e unificó los territorios a su paso. Es curioso. Como si quisieran atem-

perar esta avalancha nómada enclavándola en una historia controlable, sabios de tiempos tan remotos como el siglo XI a. C. encajaron a este conquistador en el tiempo como su antepasado. Su color pasó a ser el amarillo de los suelos de la China interior, donde el loess traído por el viento desde los desiertos septentrionales deviene en fértiles campos. La hipotética tonalidad de los suelos bárbaros era negra o roja, y blanco el color de la muerte y de Occidente. Pero amarillo era el color del centro del mundo.

Cuando termino de rodear la montaña y regreso a la tumba, estoy confundido. Súbitamente, su túmulo no es un vestigio de ninguna edad de oro, sino el tosco sepulcro de un jefe nómada. El padre de China no fue chino en absoluto.

En cuanto a la dama de los gusanos de seda, también ella se difumina en la historia conocida. La sericultura se había extendido por los ríos chinos mucho antes que ella. Hace más de seis siglos, alguien esculpió en un poblado neolítico un gusano de seda en una taza de marfil y arqueólogos desenterraron un capullo roto artificialmente. En las ruinas de una ciudad de Turkmenistán apareció seda de finales del tercer milenio a. C. y en yacimientos arqueológicos muy antiguos se han encontrado instrumentos para hilarla e incluso cintas de seda teñidas de rojo.

En el claro de bosque, junto a la plataforma de rezo, uno de los guardas me muestra su mano abierta para que yo le dé dinero, esperando venderme incienso. Pero, caprichosamente, yo escojo otro tributo. Lanzo el tronco pintado—se mueve más deprisa, con más pesadez de lo que yo esperaba—contra la campana colgante. En el oscuro calvero, resuena con un clamor difuso. Mucho después de que yo haya soltado el tronco, el ruido continúa. Retumba por encima de la plataforma, el bosque, el túmulo, como si contuviera un melancólico saber. Es indefiniblemente alarmante. Los otros peregrinos se vuelven para mirar. El sonido es más indiscreto que cualquier cirio o barra de incienso.